

SEGOVIA

◆ Felipe Calderón se sabe rechazado; no se atrevió hablar de permanencia en la Presidencia.

La última novedad

RAFAEL SEGOVIA

Ya se ha señalado en varias ocasiones su gusto por dar palos de ciego. Se ha ido a Portugal a quedarse callado por no tener nada que decir. Lo poco que se le ocurrió lo soltó aquí, un estacazo de cuidado: de hecho sólo se le ocurrió modificar —si es que las cámaras le hacen caso— el sistema político en el que vivimos y padecemos este sexenio del cual ya hemos sufrido la mitad. Esperamos, resignados la otra mitad.

Mientras gozaba de las bellezas lusitanas medita cómo castigar a un pueblo ingrato, incapaz de apreciar cuanto él y su gobierno han hecho. Va a cambiar nuestra manera de ser gobernados de manera radical, de arriba abajo. Para empezar pide que se introduzca la reelección de diputados y senadores. Su perspicacia política le ha señalado que ahí está el secreto de mantener unos cuantos representantes populares de su partido en ejercicio. Es la única manera que tiene de estar representado después del avance que le dieron de cómo vota el pueblo en México.

Tiene una cámara adversa y corrupta, pero en la que mantiene un vago control; aún así puede seguir con su catastrófica política. Lo que heredará a su sucesor no puede ni ser imaginado, por lo tanto buscará que tenga un puñado de diputados y senadores que le escuchen. Nada, pues, como reelegirlos. Tiene otro problema que aun no tiene solución: el del partido. El PAN, además de no ser partido, sólo en los distritos de gente bien araña unos cuantos votos pero que no le permiten llevar a cabo unas decisiones, por lo demás disparatadas, y para ello deben buscar una alianza innombrable con el PRI, y con el PRD,

que este año recibirán el premio a la traición política, por haber inventado las alianzas en beneficio del país y haber votado cuanto se les propuso, convencidos de haber terminado sus carreras. Apiadado ante sus traiciones, Calderón inventó la reelección, lo que fue un premio máximo para Navarrete: apoyará como es debido el que los senadores estén 12 años en su cámara que será la más grande del mundo y la más cara, que llenará con su sapiencia y su sangre fría.

Hay, en efecto, una situación complicada hasta ahora para los diputados y también para los senadores, aunque no tan aguda. Ser diputado es un empleo de tiempo parcial: tres años y a la calle. El panorama es negro para estos hombres. Si tienen un empleo como profesionista perderán la clientela, al mismo tiempo que el cargo, aunque no se justifica el sueldo monumental que cobran, siempre muy superior al que figura en las nóminas. Recordemos que la representación parlamentaria fue una ocupación gratuita, donde no se recibía ni un centavo o un chelín por estar en la cámara y haber ganado unas elecciones. Fueron los partidos obreros quienes exigieron y lograron que la representación fuera retribuida. Eso cuando pudieron entrar en las cámaras, es decir, cuando dejó de ser una ocupación aristocrática, cosa relativamente reciente.

La reelección y el hacer de los cargos de elección popular una profesión, reelegir un hombre que juega con todas la ventajas sobre el que se presenta por primera vez es romper con las reglas igualitarias de la democracia, como es inadmisibles estar gobernado por unos profesionales del gobierno, que siempre

estarán buscando y diga lo que diga el señor Calderón, su propio provecho, que puede pasar también, en primer lugar, por el provecho de su partido. Pensar en un patriotismo también profesional es creer en los reyes magos o en los presidentes sacrificados por la nación, es creer en lo que no existe de momento.



Fecha 11.12.2009	Sección Primera	Página 16
----------------------------	---------------------------	---------------------

Los políticos dejados de lado, sin oficio ni beneficio, no son los peligros más usuales de las democracias. La nostalgia del poder, no poder intervenir en los grandes negocios más que como consejeros, vender los restos de lo que fue su poder, es la tentación más común. Ver cómo son tratados a patadas, ver a un Kissinger, a un De la Madrid ignorados de mala manera, viviendo de lo mucho que fue su esplendor, porque en México no hay un armario para los trastos viejos, como es el senado chileno. La reelección la vimos en los Estados Unidos con Roosevelt y sus

presidencias sucesivas que terminaron por indignar a la clase política al ver el último peldaño de su carrera acaparado por un hombre todo lo inteligente que se quiera, pero por una sola vez. Hicieron una ley, además de que murió a tiempo, para que no pudiera seguir.

Calderón no se atrevió a hablar de una permanencia sin límite de la Presidencia de la República. Se sabe demasiado rechazado por el país, aunque esté convencido de haberlo hecho regular. El único que se atrevió a reelegirse fue Álvaro Obregón. Y murió asesinado por uno que de haber pertenecido al ilustre partido del Presidente, que aun estaba en el limbo, hoy sería uno de sus héroes.